

Hintze, Susana.

EL SURGIMIENTO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

CONTEXTO HISTÓRICO Y FUNDAMENTOS TEÓRICOS

ÍNDICE

I	INTRODUCCIÓN
II	EL CONTEXTO HISTÓRICO DEL SURGIMIENTO DE LAS CIENCIAS SOCIALES
III	ECONOMÍA
	III 1. De los clásicos a Marx.
	III 2. La escuela neoclásica.
IV	SOCIOLOGÍA
	IV 1. Los comienzos de la disciplina.
	IV 2. El período clásico.
V	PSICOLOGÍA
	V 1. Los pasos iniciales: de la conciencia a la conducta.
	V 2. El inconsciente como objeto.
VI	ANTROPOLOGÍA
	VI 1. La expansión colonialista y los orígenes de la disciplina.
	VI 2. Función y cultura
VII	BIBLIOGRAFÍA
VIII	SELECCIÓN DE TEXTOS.

I INTRODUCCIÓN

El objetivo del presente trabajo es ubicar el momento histórico en el cual surgen las Ciencias Sociales y señalar, fundamentalmente, algunas de sus características con relación a la situación social en que las distintas corrientes teóricas se constituyen.

Si bien la finalidad perseguida no es epistemológica (1) se señalarán brevemente, a continuación, algunos aspectos que interesa especialmente destacar, a la vez que se presentarán algunas de las ideas centrales que serán retomadas en el texto:

a) El surgimiento de las ciencias sociales es resultado de los profundos cambios sufridos por las sociedades europeas en los dos últimos siglos. La aparición de nuevas formas de producción (el capitalismo industrial), las modificaciones en el plano de lo político y de las ideas concretadas con la Revolución Francesa, la constitución de nuevas clases sociales, generan transformaciones y tensiones que requieren ser estudiadas científicamente.

b) La preocupación por explicar el funcionamiento de las distintas instancias de organización de lo social es asumida por las nascentes ciencias sociales. Construir un objeto científico les demandará a estas disciplinas una ruptura a dos niveles; por un lado con interpretaciones teológicas sobre el comportamiento de los hombres. Y a la vez, ruptura con la pretensión de elaborar conocimiento social a partir de prejuicios y concepciones de sentido común.

c) Las Ciencias Sociales procuran ser reconocidas como tales, es decir como “ciencias”, ya que, debido a sus características epistemológicas y metodológicas peculiares, no falta quienes le nieguen ese reconocimiento, acusándolas de estar teñidas de un insalvable “Subjetivismo”. La principal dificultad epistemológica de las ciencias sociales radica en que el hombre es, a la vez, sujeto y objeto científico: pero además, este objeto científico es un sujeto consciente. Lo cual dificulta las condiciones de descentración que puedan garantizar objetividad a las demostraciones. Sin embargo, estas dificultades no son exclusivas de las ciencias sociales, ya que se dan también en las ciencias naturales. Por ejemplo, toda la historia de la física es la de la descentración que ha reducido al mínimo las deformaciones debidas al papel del investigador. (Piaget, 1973).

d) La elaboración de conceptos precisos y rigurosos – pretensión de la que no puede estar exenta ninguna ciencia. Es parte constitutiva del desarrollo de estas disciplinas, así como la construcción de métodos de trabajo. Valor, dinero, hecho social, cultura, conducta o función son algunos de estos conceptos. En esta búsqueda, buena parte de la historia inicial de estas disciplinas aparece signada por la particular relación que establecen con las ciencias naturales.

e) En el período analizado ninguna de ellas dejará de utilizar como modelo el que les era ofrecido por las ciencias naturales, más desarrolladas y con procedimientos probados por muchos años más de experiencia. Las interpretaciones sobre la naturaleza establecidas por la mecánica de Newton entusiasmarán a los economistas clásicos, la biología de Darwin servirá de apoyo a las corrientes evolucionistas y los modelos biológicos y físico - químico estarán presentes en los antropólogos y sociólogos funcionalistas y los economistas neoclásicos.

(1) El tratamiento epistemológico de las ciencias sociales será específicamente considerado a través del texto de Piaget (1973). Ver bibliografía al final del trabajo.

Las ciencias sociales del siglo siguiente tenderán a generar propuestas teórico - metodológicas que reconocen la especificidad del objeto social como no reductible al de la naturaleza. En los ejemplos aquí presentados el sociólogo Weber avanza en esta dirección.

f) Es interesante señalar, sin embargo, que las influencias fuertes en el sentido de las ciencias naturales hacia las ciencias sociales reconocen también una trayectoria inversa, aunque con menor intensidad: el economista Malthus incidirá en la concepción de Darwin respecto a la supervivencia del más fuerte, elemento de peso en su teoría evolucionista.

g) En cuanto a los problemas metodológicos que afectan a las ciencias sociales, el principal de ellos es la dificultad de experimentación y poder, así, variar a voluntad las condiciones de análisis. Pero ese obstáculo metodológico no aparece solamente en las ciencias sociales, pues también se advierte en algunas ciencias naturales, como la astronomía y la geología, en las cuales se presente la “imposibilidad de actuar a voluntad sobre los objetos de observación cuando éstos están situados en escalas superiores a los de la acción individual” (Piaget, 1973).

h) A su vez, en las distintas ciencias sociales se encuentran perspectivas comunes que cruzan a varias de ellas. El marxismo, por ejemplo, constituye una corriente teórica que involucra tanto la economía como a la sociología en los ejemplos tratados.

Cabe aclarar que en las páginas siguientes se considerarán solo cuatro del conjunto mayor de las disciplinas sociales existentes en la actualidad: economía, sociología, antropología y psicología, que fueron seleccionadas en razón de la relevancia de sus desarrollos teórico - metodológicos. De acuerdo al objetivo propuesto se las abordará en el momento de su surgimiento y evolución inicial. Esto explica que – en función de su desigual aparición temporal - algunos de los análisis se remontan al siglo XVIII (caso de la economía) y otros se extienden hasta principios del XX (la psicología y la antropología sobre todo).

La siguiente exposición respeta el orden cronológico de la constitución de estas ciencias, precedida de un resumen del contexto histórico en el cual tuvo lugar.

En la parte final se incluyen un conjunto de textos que ilustran algunos puntos centrales, pero también – y en mayor medida - otros que presentan el pensamiento de los principales representantes de las ciencias consideradas.

II EL CONTEXTO HISTÓRICO

Las ciencias sociales comprenden una parte importante del mundo en que vivimos. Se las puede encontrar en la administración social, la planificación gubernamental, el cálculo empresarial, la organización de la educación, la salud, el trabajo y los medios de comunicación. Sus marcos de referencia sustituyen, de modo desigual pero significativo, la influencia de la tradición y la religión.

Ellas pretenden ser no solamente una forma de experimentar el mundo y de hablar de él. Se proponen fundamentalmente ser capaces de producir un conocimiento sistemático sobre la realidad social. Es decir, pretenden ser ciencias.

Aunque la preocupación por los problemas sociales puede remontarse a muchos siglos atrás, las ciencias sociales (con sus objetos de conocimiento definidos y sus planteos metodológicos) recién aparecen a fines del siglo XVIII y preponderantemente en el siglo XIX.

En cambio, el punto de arranque de las ciencias naturales es bastante anterior. Las transformaciones sufridas por la sociedad feudal y el desarrollo de la sociedad capitalista – cuyo comienzo puede ubicarse alrededor del siglo XV en las más importantes ciudades europeas – continúa ininterrumpidamente hasta su florecimiento en el siglo XVIII.

La nueva situación que se gesta en ese período operará sobre la problemática científica y servirá de telón de fondo a la constitución de las ciencias naturales tal como se las conoce hoy en día. Como señala Geymonat:

“La propia organización nueva del mundo político económico fue la que impuso originales problemas a la investigación científica, apartándola de las discusiones generales, de orden metafísico, para vincularla a cuestiones concretas. Las obras de paz y de guerra, la canalización de los ríos, la construcción de puentes, la excavación de puertos, la erección de fortalezas, el tiro de artillería, ofrecen a los técnicos una serie de problemas que no pueden resolverse empíricamente y que exigen necesariamente un planteo teórico. Una importancia especial adquieren los problemas prácticos planteados por la navegación, que en aquella época debía afrontar nuevos viajes, cada vez más extensos, hacia las ricas tierras recientemente descubiertas”. (Geymonat, 1961).

A medida que la sociedad capitalista se afianza exige cada vez más, para su propio crecimiento, la aplicación técnica de los resultados de la ciencia. El carácter operativo de la ciencia, que se gesta conjuntamente con este proceso, favorece las posibilidades de dominio real sobre la naturaleza, dominio requerido por la necesidad de la burguesía naciente de apropiarse de modo más racional e intensivo del medio natural. (García Orza, 1973).

“El desarrollo de la industria necesita los servicios del pensamiento científico y los logros alcanzados por este último deben traducirse en técnicas de aplicación. Es así como la industria cuenta ya (en el siglo XVIII) con un verdadero ejército de técnicos y profesionales al servicio de la producción. Las aplicaciones de los descubrimientos de las ciencias puras (física mecánica) posibilitan la construcción de nuevas técnicas de procesamiento. El constante perfeccionamiento de máquinas y herramientas permiten una transformación radical en los volúmenes de producción requeridos como consecuencia de la ampliación de los mercados internos y del impulso adquirido por los mercados ultramarinos”. (García Orza 1973).

Así como las ciencias naturales son constitutivas del desarrollo de la sociedad capitalista a través de las aplicaciones técnicas derivadas de los avances científicos, a las ciencias sociales les corresponderá explicar los cambios que esta forma de sociedad impone a las relaciones que los hombres establecen entre sí. Como una de las causas de las modificaciones importantes que se produjeron en el período histórico en que se inscribe el surgimiento de las ciencias sociales, es necesario mencionar a la Revolución Industrial, a mediados del siglo XVIII.

La Revolución Industrial no consistió solamente en la incorporación de máquinas y técnicas que sustituyeron al trabajo humano tradicional, sino que fue un modo nuevo de producción,

que provocó enormes cambios en la vida social. Para comprender la magnitud de esos cambios hay que tener en cuenta las características de la sociedad europea, para ese entonces.

Hasta 1759, la agricultura fue de gran importancia en toda Europa: en Inglaterra abarcaba el 50% y en Francia, el 75% de la producción, de modo tal que, el 50% de la población vivía y trabajaba en el campo. La tierra, dividida en grandes dominios constituía el signo de la fortuna y el poder. (Rioux, 1971).

La industria era muy limitada, completamente artesanal y con un sistema de fabricación doméstico, pues los artesanos llevaban a cabo las tareas en sus propios domicilios, con sus mujeres e hijos, y proveían a la vez el capital, los instrumentos de producción y su propio trabajo. (Rioux, 1971).

La única producción masiva era la de tejidos, y no por casualidad se convirtió en la industria clave, en la cual tendrían lugar las primeras concentraciones de mano de obra y de capital.

Tanto los hombres, como los bienes y capitales, circulaban poco.

El único sector que progresó rápidamente fue el gran comercio marítimo, transoceánico y colonial. Los dominios coloniales y el trabajo de los esclavos en las lejanas regiones de América y África favorecieron el enriquecimiento del traficante de metales, del gran propietario y del plantador, y permitieron así la circulación de capitales.

Varios hechos de diversa índole contribuirán con su influencia a los cambios que sobrevendrán a finales de ese siglo:

- Por una parte, un notable crecimiento de la población. En el siglo XVIII se inicia un crecimiento acelerado de la población mundial, lo que produce una verdadera Revolución Demográfica. El número global de habitantes pasa de 700 millones en el año 1750 a 900 en 1800. En ello tienen mucho que ver los avances en medicina, así como las mejoras en las condiciones sanitarias que disminuyeron la incidencia de pestes en las ciudades. (Rioux, 1971).
- La Revolución Agrícola: la incorporación de nuevas técnicas de producción permitirá pasar de una agricultura de subsistencia a una agricultura de mercado. (Rioux, 1971).
- La acumulación de capitales: provenientes, en gran medida, del beneficio que brindaba el dominio colonial.
- La concentración de mano de obra desocupada, provocada por la pauperización de los campesinos que, debido a las nuevas formas de propiedad y nuevas técnicas de producción agrícola, perdían sus tierras y todas sus pertenencias y deambulaban ofreciendo lo único que les quedaba, su capacidad de trabajo.
- El lugar y el modo de producción. Las actividades industriales comienzan a diferenciarse: el negociante y el fabricante ya no son la misma persona, los trabajadores no trabajan en sus casas, con sus propios instrumentos, sino que se reúnen en una gran construcción, la fábrica, situada cerca del lugar de explotación de la materia prima, o de las fuentes de energía, como el agua, el bosque, etc.
- La incorporación de nuevas técnicas e invención de máquinas, que revolucionarían la producción, incrementando prodigiosamente el rendimiento.

Los inventos se suceden en pocos años: máquina de hilar, máquina de vapor, telares mecánicos, trilladoras, locomotoras. Un ejemplo de las nuevas condiciones se encuentra en la metalurgia. Hacia 1750, la producción metalúrgica en toda Europa se hallaba en un estado tan primitivo como en la Edad Media.

La pirita de hierro se beneficiaba en hornos pequeños con carbón vegetal y fuelles a mano. El primer adelanto en la fabricación de hierro fue la introducción de fuelles movidos con máquina de vapor. Un fuerte impulso en la producción deviene de otra innovación: la inyección de aire a través del hierro fundido para que, absorbiendo oxígeno, se convierta en hierro maleable. De este modo, sólo en Gran Bretaña la producción de hierro se elevó de 17 mil toneladas en 1750 a 17 millones en 1861 y a 39 millones en 1839 (Dobb, texto n° 1).

Pero no sólo nuevas técnicas y grandes inventos permitieron estos cambios, sino también una nueva moral. La búsqueda de beneficio personal ya no es censurada, se valoriza la iniciativa privada, la racionalidad, la libertad individual y el derecho a la igualdad que proclama la Revolución Francesa (1789).

La Revolución Industrial incorpora a la industria, al volumen de la producción, al desarrollo del comercio, una serie de transformaciones que inciden, entonces, no sólo en lo económico, sino también en la concepción que los hombres tienen sobre la sociedad. A una concepción estática de la sociedad se le antepone una que privilegia el cambio y el movimiento. Cambio y movimiento que serán interpretados desde las ciencias sociales de muy diversa manera.

De este modo, las economías pre-industriales son arrojadas al mundo del crecimiento irreversible, bajo el efecto conjugado del llamado del mercado, de la iniciativa individual, de la atracción del beneficio y de las nuevas técnicas.

Esta atracción por aumentar el beneficio crea discriminaciones y explotaciones nuevas, que se amplifican cada vez más, pues el crecimiento es el imperativo absoluto para mantener la tasa de ganancia y responder a las necesidades del mercado, que las revoluciones agrícola y demográfica súbitamente han vuelto exigentes.

Ese mundo vertiginoso de fábricas y talleres, donde impera la consigna de aumentar cada vez más la producción y abaratar su costo, dejará una impresión de horror justificado, pues la preocupación por aumentar la ganancia y la inexistencia de leyes y disposiciones sociales que le impusieran límites, llevó a crueles abusos, como el trabajo inhumano de mujeres y niños. Un ejemplo de ello lo brinda la ley que, recién en 1822, “redujo” a 12 horas diarias la jornada de trabajo de los niños, y se limitó el trabajo de mujeres en las galerías de las minas.

Los obreros, privados de lo necesario, se hacinaban en lúgubres viviendas en las periferias de las ciudades. Junto con los expulsados del artesanado y la agricultura, (esos miles de campesinos emigrantes echados de sus tierras por las nuevas técnicas agrícolas) sentarán las bases de una nueva clase social, el proletariado moderno, que subrayará de manera más nítida los conflictos de la sociedad. (Malthus y otros, texto n° 2).

Precisamente, son estos conflictos los que motivarán la necesidad de un estudio sistemático de la vida social.

En síntesis, las nuevas formas de desarrollo social, que generaron un campo de hechos que comienzan a ser estudiados por disciplinas particulares, constituyen el escenario en que surgen las ciencias sociales.

III ECONOMÍA

III 1. De los clásicos a Marx.

La aparición de la teoría económica está directamente relacionada con la aparición de un nuevo tipo de economía: la economía capitalista.

La palabra economía es de origen griego, viene de oikos, que quiere decir casa, y nomos, que significa ley. Para los griegos la economía significaba la administración de la casa, el gobierno de la propiedad patrimonial. En la época medieval, la vida económica era considerada como parte del sistema de normas legales y éticas. La economía, pues, tenía que ver fundamentalmente con la moral, y podía ser regulada por las normas institucionales, a las que se consideraban omnipotentes. Las formas de administración tenían un carácter relativamente estable. La teología cristiana condenaba el enriquecimiento por medio del comercio. Santo Tomás de Aquino y otros teólogos discutieron el “precio justo” que debía pagarse por los bienes y atacaron la usura y el préstamo de dinero por interés.

Todavía en 1740, Francis Hutcheson, maestro de Adam Smith, trataba, en la materia “Principios de Economía”, temas tales como “matrimonio y divorcio”, “deberes de padres e hijos”, “derechos de amos y servidores” (Therborn, 1980).

Estas preocupaciones morales y domésticas no tienen mayor relación con las que acapararían el interés de los primeros comienzos de la ciencia económica, como ser: las primeras concepciones del valor de cambio, el dinero, el interés; etc.

En este cambio de las perspectivas e intereses para la economía política, pueden señalarse dos hechos históricos fundamentales:

1) La aparición del capitalismo comercial en la Europa de los siglos XVI y XVII, conectado con la expansión colonial por medio del comercio. En el siglo XVI, la llegada a Europa del oro y la plata de América del Sur, fue la causa de que los precios “justos” tradicionales fueran sustituidos, a través de una inflación asecular, por los precios del mercado.

2) El segundo hecho fundamental fue la destrucción del clásico sistema político feudal de la Edad Media, y la aparición de un nuevo tipo de Estado. Estos nuevos Estados centralizados debían adaptar sus medidas al sistema económico capitalista. El Estado debía conducirse de acuerdo con los mecanismos de la economía. Antes de la era moderna, había tenido poco sentido plantear cuestiones relativas a “la riqueza de las naciones”, título del libro de Adam Smith con el que en 1776 sienta las bases de lo que se conocerá como economía clásica.

Ya es casi un lugar común decir que con los clásicos Adam Smith y David Ricardo, se constituye la economía como ciencia. Pero el pensamiento económico político no surgió aisladamente, sino que fue también uno de los productos del Iluminismo.

ADAM SMITH (1723-1790) fue una figura central de esta corriente en Escocia. Él y su amigo David Hume conocieron personalmente a los filósofos de París. El “orden económico” que trataban de explicar, no era para ellos demasiado diferente al universo físico descrito por la mecánica newtoniana, y estaba, igualmente, según ellos, sometido a leyes que estaban fuera del control de los hombres, pero que necesitaban ser comprendidas para un mejor aprovechamiento de las mismas. En la teoría de los clásicos de la Economía puede advertirse a los filósofos de Rousseau y su admiración por la “armonía de la naturaleza”. Esta confianza en la “armonía de la naturaleza”, les hacía idealizar el “estado natural” de los hombres y suponer, por lo tanto, que la vida económica está dominada por una ley secreta, pero soberana (la famosa “mano invisible” de Smith), de acuerdo con la cual los hombres, aunque sólo desean servir a sus propios intereses, al mismo tiempo promueven, sin ser conscientes de ello, el bienestar común, y así dirá A. Smith: “Cada individuo se afana continuamente en buscar el empleo más ventajoso para el capital del que puede disponer. Lo que desde luego se propone es su propio interés, no el de la sociedad, pero estos mismos esfuerzos hacia su propia ventaja le inclinan a preferir, de una manera natural, o más bien necesaria, el empleo más útil a la sociedad como tal” (Smith, 1961).

En el siglo XVIII los pensadores seguían preocupándose sobre la cuestión de qué tipo de trabajo o actividad constituía la principal fuente de la riqueza nacional. La antigua tesis de los mercantilistas, según la cual el comercio exterior era la fuente principal de la riqueza de las naciones, ya no podía sostenerse ni tampoco la de los fisiócratas que sólo confiaban en la agricultura, ante el avance de una burguesía industrial que empezó a desempeñar cada vez más un papel más importante en la vida económica.

Precisamente el trabajo será considerado por A. Smith como la principal actividad productiva, capaz de generar un producto social. La disponibilidad de un excedente, a partir del cual pudiera acumularse capital, era una necesidad vital, y no menos importante era la utilización eficiente de este potencial. De allí que su análisis sobre la división del trabajo, y el paralelo desarrollo del mercado, adquiera central importancia. (Smith, texto n° 3).

La obra más importante de A. Smith, *La riqueza de las naciones*, que se constituiría bien pronto en uno de los pilares de todo el pensamiento económico posterior, apareció en 1776. En el mismo año James Watt tuvo éxito en poner en movimiento su primera máquina de vapor, y a finales de ese siglo ya trabajaba por medios mecánicos una considerable proporción de la industria inglesa. Pero en la época de Smith, los medios de producción todavía no eran propiedad del empresario, sino que estaban aún en manos del trabajador; el sistema fabril no había desalojado totalmente a la industria doméstica, ni las maquinarias desplazaban la mano de obra. Por eso Smith podía confiar en los felices resultados de la armoniosa combinación del capital y el trabajo; y el *laissez-faire* de una sociedad competitiva en expansión sólo podía brindar, suponía, crecimiento y beneficio a todas las clases que participaban en él.

DAVID RICARDO (1772- 1823), discípulo de A. Smith, no compartió el gran optimismo de su maestro. Dos importantes hechos contribuyeron a ello. En primer lugar, la transformación social y económica que provocaba la Revolución Industrial, con la introducción de maquinarias que, si bien abarataban los productos, dio lugar a desplazamiento de mano de obra y gran deterioro en las condiciones de vida de los trabajadores. La otra circunstancia que influyó en

su pensamiento, fue la comprobación de la “mezquindad de la naturaleza”. En esta observación, que la tierra es escasa y de desigual calidad, Ricardo recibió la influencia de su gran amigo Thomas Malthus, autor del célebre libro *Ensayo sobre el principio de la población*, cuya tesis principal era que existe una gran desproporción entre la capacidad humana para reproducirse y las posibilidades que brinda la naturaleza para alimentarse.

Para Ricardo, “el problema de la economía” consistía en poder determinar la distribución del producto de la tierra en rentas, beneficios y salarios:

“El producto de la tierra, todo lo que se deriva de su superficie por la aplicación unida del trabajo, la maquinaria y el capital, se reparte entre tres clases de la comunidad, a saber: el propietario de la tierra, el propietario del stock o capital necesario para su cultivo y los trabajadores, por cuya industria es cultivada. Pero en diferentes etapas de la sociedad, proporciones del producto total de la tierra que se distribuirá a cada una de estas clases bajo el nombre de renta, beneficio y salario serán esencialmente diferentes, dependiendo principalmente de la fertilidad actual del suelo, de la acumulación de capital y de población y de la destreza, ingeniosidad e instrumentos empleados en la agricultura. Determinar las leyes que regulan esta distribución es el problema principal de la Economía Política.” (Ricardo, 1937).

Karl Marx y John Stuart Mill, discípulos y críticos a la vez de la escuela clásica, vivieron en una época en que florecía el industrialismo, las fábricas se multiplicaban a un ritmo sorprendente y las consecuencias de la Revolución Industrial se mostraban con una intensidad no sospechable en la época en que desarrolló su pensamiento A. Smith.

Pero este gran auge fabril no traía el consabido “bienestar general” que había pronosticado A. Smith; por el contrario la nueva clase trabajadora se hacinaba en los suburbios de las ciudades y vivía en condiciones miserables. Todas estas contradicciones llevaron a KARL MARX (1818-1883) a concentrar sus esfuerzos en el análisis de las formas de producción capitalista. Así, su obra fundamental : *El capital*, procura descubrir, en el análisis del capitalismo, las leyes y tendencias esenciales del movimiento de la sociedad moderna.

Marx llevó a cabo una revisión de las ideas acerca de la Economía Política y acusó a los clásicos de no tener en cuenta el proceso histórico y, por consiguiente, de tratar a las leyes económicas como si fueran leyes de la naturaleza, es decir, extemporáneas, ahistóricas, sin comprender que cada etapa histórica está gobernada por leyes económicas que le son características. Un ejemplo de ello lo tenemos en la ley sobre la población de Malthus. Para Marx, una ley universal de la población es absolutamente impensable, pues cada forma de producción crea su propio condicionamiento social. El capitalismo crea, de hecho, la apariencia de un exceso de población. Pero en contra de la enseñanza malthusiana, tales presiones de la población no eran universales en el espacio ni en el tiempo. Un cambio en la estructura productiva podía, fácilmente, convertir un exceso aparente de población en una escasez.

III 2. La Escuela Neoclásica

A fines del siglo XIX comienza a formarse la escuela neoclásica que, fundamentalmente, trataba de eludir el tono fatalista de las tradiciones anteriores, especialmente la marxista y la ricardiana.

Las concentraciones industriales habían crecido en tamaño y en capacidad para ejercer un gran poder económico. Los escritores neoclásicos restauraron en el discurso económico una atmósfera de optimismo y una fe en el progreso que caracterizó la última parte del siglo XIX.

Desde su punto de vista, el problema que merecía ser estudiado era el del funcionamiento del sistema de mercado y su papel para asignar los recursos.

Dirigieron su atención hacia el análisis del comportamiento económico, enfocándolo sobre las unidades que toman decisiones: “economías familiares”, “empresas” e “industrias”, y sobre la forma en que las elecciones de los agentes económicos se convierten en un proceso ordenado: va de las microdecisiones al resultado equilibrado de lo macro-social. La búsqueda de las leyes que movían a la sociedad fue abandonada, y también la preocupación por entender las “leyes de la historia”. El comportamiento humano se convirtió en el punto de partida. Para el tratamiento analítico de la economía, procuraron inspirarse en los científicos de las ciencias naturales, sobre todo tomaron como modelo el paradigma físico-químico.

Procuraban que la investigación económica procediese de manera análoga a la llevada a cabo en un laboratorio científico. Construyeron modelos abstractos para simular situaciones ideales de “economía pura”, sin factores sociales, culturales y nacionales, en los que se pudiera prescindir de los desórdenes del mundo real.

Incorporaron de manera creciente el uso de las matemáticas para el análisis económico, lo cual prestó un halo de universalidad a la economía. Este modo de argumentar elevó el rigor de la discusión económica, aún a costa, a veces, de una gran pérdida de contacto con los problemas reales y con la complejidad de lo social.

Este rápido análisis de diferentes escuelas de economía nos recuerda lo que señala Mark Blaug:

“...la historia del pensamiento económico no es más que la historia de nuestros esfuerzos por comprender el funcionamiento de una economía basada en las transacciones de mercado.” (Therborn, 1980).

IV SOCIOLOGÍA (Se siguen en este punto los desarrollos de Portantiero (1986) a quien corresponden los textos entre comillas sin referencia)

IV 1. Los comienzos de la disciplina

Como señala Portantiero, la sociología nace íntimamente ligada con los objetivos de estabilidad social de los grupos que controlan políticamente a la sociedad. “Es un pensamiento del orden, del equilibrio, aún cuando sea a la vez testimonio de avance en la historia del saber, el establecer por primera vez la posibilidad de constituir a la sociedad como objeto de conocimiento.”

Esto implicó una doble ruptura que, como ya se dijo, la sociología realiza con las restantes ciencias sociales: ruptura con las interpretaciones teológicas del funcionamiento de la sociedad y el comportamiento de los hombres. Pero a la vez, ruptura con la idea de constituir conocimiento social a partir del sentido común. (Verón, 1969).

De hecho, la familiaridad con el mundo social que lo rodea constituye un obstáculo fundamental que afecta el trabajo sociológico y produce continuamente concepciones ficticias. Para el sociólogo es difícil establecer la separación entre la percepción y la ciencia que, por ejemplo, en el caso de un físico se manifiesta en la diferencia que existe entre su laboratorio y la vida cotidiana. (Bourdieu, y otros, 1986).

Por ello, y al igual que las disciplinas que se ocupan de la naturaleza de las ciencias sociales, asumirán la exigencia de elaborar conceptos precisos y “el investigador, separando lo verificable de lo que es reflexivo o intuitivo, elaborará métodos especiales, adaptados a su problemática, que serían, a la vez, métodos de análisis y verificación”. (Piaget, 1973).

AUGUSTO COMTE (1798 - 1857), usualmente considerado uno de los fundadores de la sociología, imaginó a esta ciencia a semejanza de las ciencias naturales, fue quien inventó la palabra “sociología”, habiendo en un principio bautizado a su disciplina como “física social”.

Comte consideraba que la sociedad debía ser analizada como un organismo y ser estudiada en dos dimensiones: sus condiciones de existencia, su orden (Estática Social) y su movimiento y progreso (Dinámica Social). Orden y progreso aparecen como ideas básicas de su pensamiento y se constituyen en divisas de la teoría positivista, que adquiere gran importancia en Francia, en la primera década del siglo XIX, momento en que es sacudida por luchas sociales producto del sistema industrial, que en este país se impone más tardíamente que en Inglaterra.

Comte se propone “contribuir a poner orden en una situación social que definía como anárquica y caótica, mediante la construcción de una ciencia que, en manos de los gobernantes, pudiera reconstruir la unidad del cuerpo social”.

Pocos años más tarde, Karl Marx, quien fue ya considerado en la Economía, constituye un discurso opuesto al de la sociología positivista, representada por Comte:

-Frente a Comte que atribuye a la sociedad una tendencia natural a la estabilidad y al orden, Marx sostuvo que la sociedad capitalista contenía “las semillas de su propia destrucción”.

- De tal modo, en lugar de preocuparse por la estabilidad pensó a la realidad social como un proceso, poniendo énfasis en el cambio que provenía del enfrentamiento entre grupos sociales antagónicos.

- Comte consideraba a la familia como la base de la organización social: una institución de control fundada en la “subordinación natural” de la mujer. Sobre la familia se sostiene el organismo social, superior al organismo individual.

- Marx, en cambio, centró su atención en los grandes agrupamientos sociales: las clases organizadas de acuerdo a la relación que sus integrantes tienen con el proceso de producción. Orientó así su discurso hacia una de estas clases: el proletariado, en cuyas manos consideró

que estaba la edificación de una forma superior de organización social, la sociedad socialista. (K. Marx, texto n° 4).

- Marx pensaba que el cambio es un proceso que abarca todas las instancias de la sociedad e implica modificaciones abruptas y revolucionarias.

- Comte, en tanto conservador, desarrolló una idea de evolución y progreso que suponía que los cambios debían estar contenidos en el orden. Orden y progreso se relacionan estrechamente y se apoyan sobre la base del consenso que asegura la solidaridad de los elementos del sistema social. (Gouldner, 1979).

Cada una de estas perspectivas derivó en campos sociológicos distintos con su propia tradición intelectual, diferenciadas tanto teórica como intelectualmente.

La sociología positivista es el antecedente inmediato de lo que se llamó sociología clásica representada en Francia por Emile Durkheim y en Alemania por Max Weber. Esta sociología se convirtió en la sociología universitaria, que alcanzó contemporáneamente su máximo desarrollo en los Estados Unidos.

IV 2. El período clásico

En Francia la preocupación por comprender la compleja sociedad industrial es expresada por Emile Durkheim, (1858 – 1917).

En 1895, Durkheim publica un libro en que define a la sociología y su objeto y constituye uno de los textos clásicos de esta disciplina: *Las reglas del método sociológico*.

Para él, el objeto de la sociología es el estudio de los hechos sociales, el método para estudiarlos es considerarlos como cosas, a partir de esto la sociología puede ser considerada como una ciencia similar al resto de las ramas del conocimiento empírico, expresadas fundamentalmente por las ciencias naturales.

“Un hecho social consiste en toda forma de obrar, de pensar y de sentir que ejerce sobre el individuo una presión exterior. Es decir, los hechos sociales son anteriores y exteriores al individuo, lo obligan a actuar, lo coaccionan en determinada dirección. Se expresan en normas, en leyes, en instituciones que aseguran la tendencia a la buena integración del individuo con la sociedad.” (E. Durkheim, texto n°5).

Durkheim está acentuando la objetividad y exterioridad del mundo social por encima de los individuos concretos. Al afirmar que “los hechos sociales son cosas” tiende a presentar al orden existente como un orden natural. Esto puede considerarse como una continuación de la tradición positivista a la que se hizo referencia con Comte, si bien en Durkheim hay un rechazo al evolucionismo social de éste.

La sociología de fines del siglo XIX tuvo desarrollos nacionales muy cerrados. Los sociólogos franceses poco sabían lo que producían los alemanes, por ejemplo. Fue también cada vez más institucionalizada en los contextos universitarios de cada país, donde se multiplicaban las cátedras de sociología.

Contemporáneo de Durkheim, el alemán MAX WEBER (1862-1920) parte de una perspectiva metodológica diferente. Si Durkheim construye el “objeto de la sociología desde la exterioridad y coacción de lo social sobre el individuo”, Weber considerará como unidad de análisis a los individuos, precisamente porque son los únicos que pueden albergar fines, intenciones en sus actos. Ambos, sin embargo se reencontrarán en la consideración que el sistema de valores juega en el comportamiento humano. Weber es un historiador, un científico de lo político a la vez que un sociólogo y esto influirá en sus posiciones distintas a las de Durkheim.

Para empezar, Weber desarrolla su reflexión sobre lo social en un medio intelectual –en Alemania- en que se está discutiendo el lugar que le corresponde a los estudios sociales en el panorama de las ciencias, expresado en la contraposición entre “ciencias naturales” y “ciencias del espíritu”. Al contrario que Durkheim, quien resuelve el conflicto naturalizando a la sociedad para transformar a la sociología en una ciencia empírica, Weber tratará de zanjar la polémica por una vía opuesta: diseñando un método de tipo histórico comparativo.

Pero hay también otro estímulo que opera sobre Max Weber, en el momento que madura su obra, en los albores del s. XX , el peso de la orientación marxista es grande en Alemania y casi inexistente en Francia.

En Weber se encuentra una permanente disputa con el marxismo vulgar de corte economicista, predominante en ese momento, al que trata de superar. Este marxismo vulgar suponía que siempre lo económico explicaba el funcionamiento social.

Compartiendo con Marx la preocupación por los orígenes y características del capitalismo, Weber sostiene como factor principal de su génesis una concepción opuesta a la de éste. Si para Marx el acento debe ponerse en las relaciones económicas de producción, Weber planteará que parecidas situaciones económicas se han dado en otras sociedades y en distintas épocas sin que el capitalismo se constituyera como ocurrió en Europa en los s. XV y XVI.

La razón de ello es que a lo económico se sumó un sistema de valores y conductas derivadas – la ética protestante- que favorecía a nivel individual el desarrollo de comportamientos acordes con el espíritu de lucro y las relaciones de mercado propias del capitalismo.

De tal modo, en su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, son el sistema de valores de un grupo religioso el factor explicativo por excelencia del origen del capitalismo.

A pesar de las diferencias entre las teorías de los diversos autores citados (que se han especialmente resaltado), las investigaciones de cualquiera de ellos reconocen, sin embargo, la pertenencia al campo de la ciencia sociológica, y esto es así porque en todos está presente la preocupación por explicar los acontecimientos sociales a partir de la construcción del sistema de relaciones objetivas en el cual los individuos se hallan insertos. (Bourdieu y otros, 1986).

La comparación de los pensadores reseñados muestra que:

“La polémica de Durkheim contra el psicologismo o el moralismo no es sino el revés del postulado según el cual ‘los hechos sociales tienen una manera de ser constante, una naturaleza que no depende de la arbitrariedad individual y de donde derivan las relaciones

necesarias'. Marx no afirmaba otra cosa cuando sostenía 'que en la producción social de su existencia los hombres traban relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad' y también Weber lo afirmaba cuando prescribía la reducción del sentido cultural de las acciones a las intenciones subjetivas de los actores. Durkheim, que exige del sociólogo que penetre en el mundo social como en un mundo desconocido, reconocía a Marx el mérito de haber roto con la ilusión de la transparencia: 'Creemos fecunda la idea de que la vida social debe explicarse, no por la concepción que se hacen los que de ella participan, sino por las causas profundas que escapan a su conciencia'. (De tal modo) 'el principio explicativo del funcionamiento de una organización está muy lejos de que lo suministre la descripción de las actitudes, las opiniones y aspiraciones individuales: en rigor es la captación de la lógica objetiva de la organización lo que proporciona el principio capaz de explicar, precisamente, aquellas actitudes, opiniones y aspiraciones'''. (Bourdieu y otros, 1986).

Es este conocimiento de que los fenómenos sociales no son algo evidente al observador lo que permite convertir el conocimiento de lo social en un verdadero objeto científico: el concepto "Hecho social" o "clase social" es un resultado teóricamente construido al igual que el "átomo" en la física o "evolución" en la biología, y a pesar de sus especificidades, todos ellos tienen en común no ser producto de una percepción ingenua, sino el resultado de un laborioso proceso de construcción donde teoría, métodos y técnicas se conjugan para dar como resultado el conocimiento científico.

V PSICOLOGÍA

V 1. Los Pasos iniciales: de la conciencia a la conducta.

En las distintas etapas de la constitución de su objeto la psicología nos da cuenta de su propia historia científica. Durante siglos, como alma humana, fue relegada al oscuro campo del espiritualismo, que designa a una concepción más filosófica que científica. Hubo que transitar fatigosamente casi todo el siglo XIX y parte del XX para que, como conciencia primero y como conducta después, se abriera a sí misma a un campo específico y propio de la realidad, es decir, se proclama disciplina científica.

Pero este proceso no lo recorre sola. Basta mirar al contexto científico de su época para advertir que su surgimiento estaba siendo ansiosamente esperado. El desarrollo de las ciencias físicas, que se inicia con Galileo Galilei y se continúa en los siglos siguientes en constante aumento, puso sobre el tapete el papel del observador. El sujeto de conocimiento, tan seguro de sí mismo, que ponía en sus sentidos la prueba de la objetividad, se descubre falible, equívoco.

En efecto, en 1796, el astrónomo real del observatorio de Greenwich despidió a su ayudante porque entre sus respectivas observaciones mediaba una diferencia de más de medio segundo. En 1822, el astrónomo alemán Bessel vislumbra que en este incidente se encierra un problema para la ciencia y, luego de comparar sistemáticamente observaciones simultáneas, descubre que las pequeñas diferencias no son accidentales sino que constituyen una regla. (Heidbreder, 1976).

Se denomina a este hecho “ecuación personal” un factor que hace que la parte de la visión que se interpone entre la percepción y el estímulo se desprenda de lo puramente fisiológico y abra un nuevo campo de hechos.

Reproduciendo la disociación que Descartes proyecta sobre los siglos siguientes, se descubre que entre el mundo mental y el físico no hay una estricta correspondencia. El desafío es: ¿cómo podemos conciliar la necesidad de exactitud y medición de la ciencia con la presencia de este nuevo factor personal?

FECHNER (1801-1887) profesor de física desde 1834 en Leipzig, recoge el guante y, tras un exhaustivo análisis de estos hechos, descubre que entre el estímulo y la sensación hay una relación observable y medible: mientras la sensación aumenta en intensidad en progresión aritmética, el estímulo lo hace en progresión geométrica.

De este modo, aunque la sensación no pueda medirse por medios directos, al poder medirse el estímulo resolvemos la incógnita: “es posible mostrar que un aumento en el estímulo de una fracción constante de sí mismo, está regularmente correlacionado con cada aumento discernible de la sensación”. (Heidbreber, 1976). Fiel al espíritu de su época Fechner consuma la unión entre los ámbitos físico y mental por medio de una relación matemática.

El paso decisivo – en la misma dirección - lo da WENDT (1832-1920), profesor de Fisiología en Heidelberg desde 1865 y de Filosofía en Leipzig desde 1875 hasta 1918. Éste sostiene, ya sin dudas, que la psicología ocupa un lugar dentro de las ciencias con un objeto definido y una metodología precisa: La psicología es el estudio de los contenidos mentales, esto es, de la conciencia, y tales contenidos deben ser investigados a través de la introspección, por la cual adquirimos experiencia inmediata de la realidad psíquica, sin deformarla ni transformarla, y de la experimentación.

Con el supuesto de que el experimento en psicología debe atenerse estrictamente al modelo de experimentación fisiológica, WUNDT crea, en 1879, el primer laboratorio de psicología experimental en Leipzig.

A esta altura, la psicología experimental ya había impregnado al ambiente científico de su época y el pasaje de la cátedra al laboratorio de Leipzig constituye, en ese contexto, la señal oficial de que sólo la psicología experimental podía considerarse científica.

Leipzig se convirtió en el centro de la nueva psicología. El sujeto observador, ahora observado, se reconstituye triunfante. Nada es dejado al azar. Todo es susceptible de medición y tratamiento experimental. El auge se extiende en el tiempo y en el espacio: el mismo año de la fundación en Leipzig, se crea en la Sorbona un laboratorio de psicología fisiológica, en 1888 se abre, en el College de France, la cátedra de psicología experimental y desde 1894 surgen, en Estados Unidos, alrededor de veintisiete laboratorios experimentales: los comienzos de la psicología en los Estados Unidos están signados por la herencia wundtiana.

Al comenzar el siglo XX la psicología de la conciencia tropieza con un nuevo escollo, el pragmatismo. Para W. JAMES (1842 - 1910) su representante, profesor en la Universidad de Harvard, el análisis de la conciencia realizado hasta el momento se presenta, a la vez, como un saber inútil en cuanto al tratamiento de su objeto y dudoso en cuanto al método.

Así, si se reduce el estudio de la psicología a una disección de la conciencia, considerada como un organismo estático poblado de unidades discretas, sólo lograríamos obtener, como resultado, un reservorio de datos, análisis de sensaciones, percepciones, sentimientos, etc., sin efecto práctico alguno, es decir, sin que lográsemos por ello ningún adelanto sobre el objeto del cual partimos. (Braunstein y otros, 1975). Por el contrario, para James, la conciencia, en la experiencia real e inmediata, aparece como una “corriente de pensamientos”, acentuando su carácter dinámico, cambiante y continuo.

Por otro lado, en cuanto al método, si bien acepta a la introspección como el método básico para la psicología, introduce en ella la desconfianza: la introspección no es una forma de observación infalible, sino que está rodeada de dificultades inherentes a su misma naturaleza – puesto que identifica al órgano observado con el órgano observador- y a la confusión y vaguedad de los procesos de conciencia.

Se observa en el pragmatismo un interés por la acción que se contrapone al carácter reproductivista de la psicología de la conciencia, incapaz de provocar transformaciones. Este último defecto, manifiesta mayor gravedad en el siglo XX porque, en sus albores, “el saber debía ser útil, capaz de modificar lo que se quisiese modificar y de evitar los cambios que se temiesen”. (Braunstein, 1975).

Ese saber útil, que puede generar las respuestas más aptas para producir las modificaciones deseables en el comportamiento de los hombres y suprimir las no apetecidas para ejercer control sobre ellos, se obtiene a través del conductismo.

Para WATSON (1878-1958) fundador de esta escuela, la psicología debe ser experimental y objetiva, “barriendo con todas las concepciones medievales y desterrando de su vocabulario científico todos los términos subjetivos como sensación, percepción, imagen, deseo, intuición e inclusive pensamiento y emoción según lo define el subjetivismo”. (Watson, 1976).

Siguiendo el ideal heredado del positivismo, la psicología debe ser una rama de la ciencia natural, limitando su campo a lo observable, esto es “lo que el organismo hace o dice”. (Watson, 1976).

Apoiada en el modelo reflejo condicionado del científico ruso PAVLOV (1849 - 1936), la tarea de la psicología es descubrir en el organismo humano, partiendo del nacimiento, cuáles son sus reacciones innatas y cómo, a partir de éstas se van agregando paulatinamente otras reacciones – esta vez aprendidas - que promueven conductas cada vez más complejas.

Es decir que, a partir de unas pocas respuestas simples y mediante un proceso de condicionamiento, se organiza la personalidad completa o, como dice Watson, “una máquina orgánica montada y lista para funcionar”. (Heidbreder, 1976).

El objeto de la psicología, para la tradición watsoniana será, entonces, la conducta entendida como respuesta a un estímulo. Esta simplificación está dirigida a “controlar las reacciones del hombre del mismo modo como en la física los hombres de ciencia desean examinar y manejar a los fenómenos naturales”. (Watson, 1976). Su interés estará puesto en la fiscalización y el control de la actividad humana y en la búsqueda de los resultados previsibles (Watson, 1976), en concordancia con un sistema que tiene como meta la determinación estática de los sujetos,

como forma de conservar la estructura vigente en la sociedad. En este sentido, es posible decir que el conductismo circunscribe a la psicología dentro de un proyecto adaptacionista. (Braunstein, 1975).

V 2. El inconsciente como objeto

Frente a estas concepciones, hacia fines del siglo XIX, el médico vienés SIGMUND FREUD (1856-1939) propondrá una interpretación radicalmente distinta, capaz de responder a un interrogante que le abre a la psicología un nuevo horizonte: ¿es posible reducir todas las acciones humanas a la necesidad mecánica de los hechos físicos?

Si se toma, por ejemplo, el olvido de un nombre acompañado por un recuerdo erróneo, es decir, por un nombre sustitutivo que persiste obstinadamente en nuestra memoria o, poniendo otro ejemplo, la conservación, en el recuerdo de la infancia, de sucesos indiferentes y episódicos, desapareciendo los recuerdos de impresiones intensas, con gran valor afectivo, o las equivocaciones orales y las escritas, ¿basta con la mera observación de los datos de la conciencia o con el examen de la conducta en términos de respuesta a un estímulo, para llegar a la raíz de estos actos fallidos?

Para Freud existen en nuestra experiencia cotidiana ciertos actos aparentemente inintencionados cuyo origen resulta desconocido para la conciencia cuando se la somete a investigación. De esto se desprende que los contenidos de conciencia o las conductas observadas resultan insuficientes a la hora de aclarar el comportamiento humano en toda su extensión.

Freud propondrá, en cambio, traspasar los límites de la experiencia directa postulando la existencia de un psiquismo inconsciente, al cual podemos conocer parcialmente, en la medida en que experimenta una transformación o traducción a lo consciente, pero cuyo conocimiento absoluto o total, por sí mismo, nos está vedado.

Así, todos estos actos inintencionados dan testimonio de la existencia de lo inconsciente, en tanto, que son efectos o resultados de esta instancia que, en sí misma, permanece incognoscible. Por tal motivo, Freud calificará de pretensión insostenible asimilar lo consciente a lo psíquico, puesto que el psiquismo está compuesto por más elementos que los que la percepción puede alcanzar (Freud, 1981).

Frente a la pretensión de fiscalización y control de la psicología positiva, Freud postula una estructura invisible que se rebela, por su naturaleza, a someterse a las duras leyes del determinismo. (Freud, texto n° 6).

VI ANTROPOLOGÍA

VI 1. La expansión colonialista y los orígenes de la disciplina

Hacia 1870 Europa comienza una larga etapa de paz que llegaría hasta la Primera Guerra Mundial en 1914. El éxito de impedir las tensiones europeas fue logrado a expensas del resto del mundo, que en aquellos años fue escenario de conquistas por parte de las grandes potencias. Para ese entonces, el desarrollo industrial era tal, que si bien en 1870 Gran Bretaña

podía ser considerada como la principal potencia económica del mundo, sólo diez años después se encontraba igualada y superada en algunos sectores por Alemania y Estados Unidos. En este enorme crecimiento del sistema económico occidental deben buscarse las causas de la expansión colonial que tendrá características distintas a la llevada a cabo, algunos siglos antes, con el descubrimiento de América. (Lischetti, 1987).

En este último tercio del siglo pasado la producción creció fuertemente sin que hubiera mercados suficientes para absorberla, lo que derivó en una situación conocida como “crisis de superproducción”. Frente a una Europa cerrada por barreras aduaneras, las potencias comenzaron a buscar en otra parte la salida de sus productos. Junto a ello primaba la necesidad de poseer en exclusividad regiones ricas en materias primas que serían procesadas en las zonas industriales del mundo. (Lischetti, 1987).

Gran Bretaña, en primer lugar, luego Francia, Bélgica, Alemania, Holanda y Portugal participarían en este reparto del globo. A su vez, desde el siglo XV hasta el presente, se encontrarán situaciones coloniales en América, Asia, África y Oceanía.

Si el haber nacido ligada a los objetivos de estabilidad de los grupos dominantes es una característica que la sociología académica comparte con las ciencias sociales en general, tal vez en ningún otro caso esto sea tan claro como en la antropología, cuyo nacimiento definitivo estuvo determinado por la expansión del colonialismo a que se hizo referencia.

Como indica Verón, esto no implica abrir juicio acerca de las actitudes e intenciones personales de los antropólogos: “en verdad muchos de ellos lucharon duramente por disminuir los males irreparables que se estaban produciendo en las culturas sometidas al tipo de contacto establecido con ellas por los asentamientos coloniales. Pero lo cierto es que el impulso final que dio origen a las ciencias antropológicas y permitió reunir en pocas décadas un enorme caudal de información, fue dado por los proyectos colonialistas de las grandes potencias capitalistas en expansión.” (Verón, 1969).

Conjuntamente con la expansión del mundo colonial, la dicotomía “primitivo-civilizado” expresará la forma de interpretar la relación de Europa con los colonizados. Un antropólogo de la época definirá a las “sociedades inferiores” como aquellas formadas por seres “primitivos” sumidos en la irracionalidad mágica e incapaces de razonamiento lógico, por lo tanto, individuos cualitativamente distintos del “hombre blanco, occidental y adulto”.

En este último tercio del siglo pasado el evolucionismo brinda desde las ciencias sociales la explicación – y justificación - del proceso colonial.

Apoyado en la biología de Darwin, quien en 1859 publica *El origen de las especies*, el filósofo inglés Herbert Spencer (1820-1903) desarrolla su concepción de la evolución como ley universal que rige todos los aspectos de la realidad. Spencer, tomando de Darwin el principio de supervivencia del más apto, lo trasladará al campo social para justificar la conquista de un pueblo por otro.

A su vez, ello legitimará a un modelo de sociedad (la capitalista) que se “considera como paradigma de la civilización basada en la ciencia y los avances técnico-económicos. Según dice Lischetti (1987) en tiempos de la revolución industrial el criterio de avance en la escala de la

evolución es esencialmente tecnológico. Así lo expresa LEWIS MORGAN (1818-1881) en su trabajo de 1877: “Un principio común de inteligencia puede encontrarse en el salvaje, el bárbaro y el hombre civilizado. En virtud de ello la humanidad ha sido capaz de producir en condiciones semejantes los mismos instrumentos y utensilios, los mismos inventos y construir instituciones semejantes a partir de los mismos gérmenes de pensamiento originales. De la punta de flecha que expresa el pensamiento en el cerebro del salvaje, a la punta en mineral de hierro, que expresa el más alto grado de inteligencia en el bárbaro y finalmente el ferrocarril que puede ser llamado el triunfo de la civilización”. (Morgan, citado por Lischetti, 1987).

Las poblaciones americanas, africanas y asiáticas sometidas a procesos de colonización constituirán el objeto de estudio predominante de los antropólogos del siglo pasado. El continente australiano es también un ejemplo y un caso históricamente importante. Los colonizadores ingleses encontraron allí lo que parecían las culturas más primitivas imaginables: tribus nómadas que vivían a nivel de subsistencia y estaban tecnológicamente en la edad de Piedra. (Verón, 1969)

En esta definición del campo de estudio entre “lo primitivo y lo civilizado”, “lo desarrollado y no desarrollado”, entre “lo occidental y lo no occidental”, la antropología seleccionará el primero de los términos, ese “otro cultural” representado por los pueblos etnográficos. A la inversa, la sociología se ocupará de las sociedades capitalistas europeas que expresan la parte opuesta de la dicotomía, correspondiéndole también a la antropología la preocupación por aquellas partes de la sociedad occidental no incorporadas todavía a los desarrollos capitalistas (comunidades vascas y celtas por ejemplo).

VI.2. Función y cultura

Ya entrado el siglo XX aparece en las ciencias sociales una corriente que fue determinante tanto en el desarrollo de la antropología como la sociología: el funcionalismo.

Uno de sus exponentes es el inglés ALFRED RADCLIFFE-BROWN (1881-1955), cuyo pensamiento se acerca al de Durkheim al intentar asimilar el campo de estudio de la antropología al de las ciencias naturales.

Para este autor la antropología se ocupa de la “investigación de la naturaleza de la sociedad humana por medio de la comparación sistemática de distintos tipos, prestando atención particular a las formas más simples de las sociedades de los pueblos primitivos, salvajes o preanalfabetos”. Su método debería ser idéntico al de las ciencias naturales, basándose en una observación experimental para establecer generalizaciones inductivas. Los dos conceptos básicos elaborados por Radcliffe-Brown, los de estructura y función, de los cuales se vale para explicar el comportamiento social, expresan una tenaz persistencia de los modelos de las ciencias naturales en la constitución de las ciencias sociales. (Radcliffe-Brown, texto n° 7).

Un pensador importante de esta corriente es el polaco nacido en 1884 y muerto en 1942, BRONISLAW MALINOWSKI. Siendo un investigador en física y química se vio obligado por razones de salud a abandonar su laboratorio. La lectura de un famoso libro de antropología de la época despertó su inquietud por estos estudios, llevándolo a Inglaterra y a lugares remotos

del mundo, de cuyos habitantes y culturas dio testimonio en numerosos artículos y libros (Verón, 1969).

Hacia 1920 se generaliza el concepto de cultura y es utilizado efectivamente como herramienta para la comprensión de las pequeñas sociedades tribales a las que los antropólogos dedicaban su atención.

Malinowski lo expresaría así: “la tarea más importante de la antropología consiste en el estudio de la función de la cultura”.

Para él el objetivo de la antropología será mostrar “la parte que las instituciones tienen en la totalidad de un sistema cultural”.

De hecho a comienzos del siglo XX los antropólogos han desarrollado la concepción de que las llamadas culturas primitivas no eran los conjuntos irracionales que suponían sus antecesores y será la escuela funcionalista la que alterará la perspectiva tradicional sobre los primitivos: los seres humanos tienen un repertorio básico de necesidades que son iguales para todos los grupos culturales. Las instituciones, elementos centrales de la sociedad, tienen por función satisfacer estas necesidades. Desde el punto de vista funcional todas las sociedades son comparables entre sí y por este camino la antropología puede acceder a las leyes universales de la organización social. (Verón, 1969).

Claramente el funcionalismo expresó la necesidad que tenían las administraciones coloniales de conocer – para poder controlarlas más eficientemente - las instituciones locales. Para ello se requiere el análisis de las estructuras sociales indígenas, de las relaciones existentes entre costumbres, instituciones y aspectos culturales. Para lograrlo es necesario vivir entre los indígenas como un miembro más de esa sociedad. El trabajo de campo prolongado y la técnica de observación participante se constituyen en el instrumento apto para este propósito. (Malinowski, texto n° 8).

VII BILIOGRAFÍA (1)

VII. 1. Bibliografía citada

- Bourdieu, P, Chamboredon, J.C. y Passeron J.C. (1986) *El oficio del sociólogo*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Braunstein, N. A. y otros (1985) *Psicología, ideología y ciencia*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bunge, M. (1969) *La investigación científica*. Barcelona, Ariel.
- Dobb, M. (1969) *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Ed. de Ciencias Sociales.
- Durkheim, E. (1965) *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Schapire.
- Freud, S. (1981) *Obras completas*. Madrid, Edit. Biblioteca Nueva.
- García Orza, R. (1973) “Introducción a Bacon, Descartes, Galileo, Locke y Spinoza” En: *Método científico y poder político*. Buenos Aires, CEAL.
- Geymonat, L. (1961). *El pensamiento científico*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Gouldner, A. (1979) *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Heidebreder, E. (1976) *Psicologías del siglo XX*. Buenos Aires. Paidós.
- Lischetti, M. (comp.) (1987) *Antropología*. Buenos Aires, EUDEBA.

- Malinowski, B. (1986) *Los argonautas del Pacífico occidental*. Buenos Aires, Planeta Agostini.
- Malthus, T.S. (1977) *Ensayo sobre el principio de la población*. México. FCE.
- Marx, K. (1974). *Obras escogidas*. Tomo I. Moscú, Edit. Progreso.
- Piaget, J. (1973) "La situación de las ciencias del hombre dentro del sistema de las ciencias". En: Piaget, J. y otros. *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*. Madrid. Alianza.
- Portantiero, J. C. (1986) *La sociología clásica, Durkheim y Weber*. Buenos Aires, CEAL.
- Radcliffe-Brown, A.R. (1986) *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Buenos Aires, Planeta Agostini.
- Ricardo, D. (1937) *Principios de economía política y tributación*. Buenos Aires, Edit. Claridad.
- Rioux, J.P. (1971) *La revolución industrielle 1780 -1880*. París, SEUIL.
- Smith, A. (1961) *La riqueza de las naciones*. Madrid, Aguilar.
- Therborn, G. (1980) *Ciencia, clase y sociedad*. Madrid, Siglo XXI.
- Verón, E. (1969). *El surgimiento de las ciencias sociales*. Buenos Aires, Siglomundo N° 43, CEAL.
- Watson, J.B. (1976) *El conductismo*. Buenos Aires, Paidós.

VII.2. Bibliografía consultada

- Barber, W.J. (1976) *Historia del pensamiento económico*. Madrid, Alianza.
- Llobera, J. (1980) *Hacia una historia de las ciencias sociales*. Barcelona, Anagrama.
- Rex, J. (1971) *Problemas fundamentales de la teoría sociológica*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Stark, W. (1974) *Historia de la economía en su relación con el desarrollo social*. México, FCE.
- Weber, M. (1975) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península.
- Zierer y Reinoss (1974) *Grandes acontecimientos de la historia*. Barcelona, Círculo de Lectores.

VIII SELECCIÓN DE TEXTOS (2)

(1) La fecha entre paréntesis corresponde al ejemplar de la edición utilizada.

(2) En la selección de textos la fecha que figura a continuación del título del libro corresponde a la primera edición a fin de permitir su ubicación histórica.